

III

Otro vate costa-riqueño.

Al hacer de él un poco de biografía, don Máximo el coleccionador se sale de madre y empieza:

«Es una esperanza en flor que se abre lujosa...»

Todas las esperanzas están en flor, señor D. Máximo; porque si hubieran ya granado, ya no serían esperanzas, sino realidades. Pero siga usted:

«Es una esperanza en flor que se abre lujosa. Cuenta apenas veintitrés años...»

¡Y tan joven y ya... biografiado!

que diría nuestro Espronceda.

Pero continúa el coleccionador diciendo del vate:

«No tiene pasado: su porvenir se adivina...»

Vamos, viene á ser aquello que se pone acá en las hojas de servicios de los militares que no han estado en campaña: «Valor, se le supone.»

Lo malo es que la suposición del valor poético del Sr. Echeverría (D. Aquileo J.), que es el vate de quien se trata, no podrá durar mucho.

El biógrafo, después de decir lo que queda copiado, añade:

«Y en estas tres líneas pudiéramos condensar su semblanza, si no fuera que su poesía es filigrana...»

¿Nada menos?... Pero aunque sea así; aun concediendo que su poesía sea filigrana, no se ve la ilación. ¿Qué tendrá que ver que la poesía sea filigrana para que no se pueda condensar la semblanza del autor en tres líneas?... En fin, dejemos al biógrafo explicarse:

«Y en estas tres líneas pudiéramos condensar su semblanza, si no fuera que su poesía es filigrana y que sus versos tienen algo de todas las novedades.»

Tampoco esta segunda razón es para vencer demasiado; pero sigamos al biógrafo:

«Naturaleza predispuesta al *dolce far niente*, no tiene fuerza bastante para vencer sus inclinaciones, y vive mucho en el café...»

Hombre, eso no se dice, D. Máximo: eso es meterse en la vida particular de los vates, que, naturalmente, unos son menos trabajadores que otros.

Sin que, en la mayor parte de los casos, la holgazanería sea en ellos defecto lamentable, sino, por el contrario, cualidad excelente.

¿Qué perderíamos acá, verbigracia, con que fueran unos holgazanes de tomo y lomo Carulla y Cánovas y Polo y Peyrolón?...

Estos dos apellidos últimos no corresponden á dos escritores distintos, sino á uno solo, afortunadamente.

Lo advierto porque siempre es mejor tener un escritor malo que tener dos de la misma calidad.

A este propósito recuerdo una frase ingeniosa de una señorita amiga mía, que ahora es la Marquesa de E., y que siempre se ha distinguido por su discreción y talento.

Hallábase durante la temporada de baños de mar en uno de los puertos del Cantábrico, y la obsequiaba, como suele decirse, aunque á ella no la parecía obsequio, un muchacho llamado Herrero, de muy poco numen el infeliz y muy porfiado.

De oirnos con frecuencia á los amigos darla bromas con la pretensión, una niña,

prima suya, quiso también una tarde embromarla, y en lugar de llamar al pretendiente Herrero, le llamó Herreros.

—¡Ay, hija, por Dios, no los aumentes! —la dijo la embromada con una espontaneidad encantadora.—No es más que uno —añadió dirigiéndose á los dos ó tres contertulios más próximos,—y me está siempre martillando los oídos; con que si fueran varios, sería cosa de no poder vivir.

Mas volviendo al caso de la holgazanería de ciertos escritores: ¿qué hubiéramos perdido en España con que desde hace unos veinte años hubieran vivido entregados al ocio más completo D. José Echegaray, Don Manuel del Palacio, D. Benito Pérez, Don Juan Valera y hasta Doña Emilia?...

Pues nós hubiéramos quedado sin el cuento repugnante de *La sed de Cristo*, sin las *verduras* de *Una cristiana* (falsificada) y de *Insolación*, sin *Angel Guerra*, sin *Juanita la lata*, digo, *la larga*, y sin otras muchas largas, digo, *latas* por el estilo, todo lo cual no era perder, sino ganar bastante.

Y continúa el coleccionador biografiando: «Estudió poco en un colegio (esto ya casi es faltar, D. Máximo); dió de mano á los libros, y pronto las necesidades de la vida le exigieron la parte de trabajo que á todos nos corresponde... (Lo que hizo Fray Ge-

rundio: colgar los libros y meterse á predicador; de modo que el caso no es nuevo.) Trasnochador eterno, él pudiera decir lo que Manfredo en el poema de Byron: *Yo he velado más que las estrellas*. Y, sin embargo, ¡cuán pocas horas ha dedicado al estudio!...»

¡Caramba, caramba!... Esto es ya mucha reprimenda... Y al fin y á la postre no será este vate peor que los demás congregados por D. Máximo, de seguro.

Al contrario.

En algunas de las composiciones del señor Echeverría hay cierta espontaneidad y frescura muy agradables, como en la titulada *Ven*, cuyo final sería precioso si no le hubiera deslucido el autor por seguir un precepto gramatical, es decir, antigramatical, de la Academia.

¡Y dice D. Máximo que ha estudiado poco!...

Ha estudiado de sobra, por lo visto.

Porque lo poco que ha estudiado, no ha sabido escogerlo:

Como tampoco D. Máximo ha sabido escoger las composiciones que había de colocar en la *Lira*.

Porque ¿á quién se le ocurre poner en una colección de lujo, como pone D. Máximo del Sr. Echeverría, una cosa titulada *Ramillete*, una serie de composiciones cor-

tas ó de cantarcillos dedicados á señoritas y escritos en abanicos ó en álbums, de prisa y corriendo y por compromiso?

A no ser que le quiera mal, y lo haya hecho adrede...

Vaya una muestra:

«Tienes más sal que *la mar*;
Pero es tan dulce tu boca,
Que si tu labio el mar toca,
Por fuerza se ha de endulzar.»

Redondilla ripiosa y mala y desgraciada, que, para su mayor desgracia, suscita el recuerdo del gracioso cantar andaluz, con el cual no puede sostener competencia:

«Antiguamente eran dulces
Todas las aguas del mar:
Escupió en ellas mi niña,
Y se volvieron *salás*.»

Otra muestra:

«Para retratarte, Elena,
Necesito en la paleta
Colocar una violeta,
Un jazmín, una verbena...»

Y todo lo que usted quiera; pero es muy fea esa asonancia de los versos 1.º y 4.º,

consonantes entre sí, con el 2.º y el 3.º, consonantes entre sí también.

Cuando acababa de formarse el idioma y estaba todavía en formación la métrica castellana, no es tanto de extrañar que cayeran en ese defecto escritores ilustres como Baltasar de Alcázar, que dijo describiendo la taberna:

«Porque allí llevo sediento,
Pido vino de lo nuevo,
Mídenlo, dánmelo, bebo,
Págolo, y voyme contento.»

Pero hoy, después de las constantes observaciones de la crítica en ese sentido, el tal defecto es imperdonable.

Veamos la décima entera:

«Para retratarte, Elena,
Necesito en la paleta
Colocar una violeta,
Un jazmín, una verbena.
Y en una hoja de azucena
Blanca como tú, *criatura*,
Suave, bella, tersa, pura,
(¿La criatura ó la hoja?
Tal duda nos acongoja.)
Bosquejar con mucho tino
Ese conjunto divino
De virtudes y hermosura.»

El autor permitirá que se le diga que, además del defecto antes notado, el vocativo *criatura* es un ripio muy feo, y mucho más estando prensado, como le ha puesto él, para que no aparezca más que con tres sílabas, cuando tiene cuatro: cri-tu-ra.

Así, con cuatro sílabas, usó Zorrilla esa palabra hermosamente en el *Día sin sol*, donde dice la serpiente á Eva:

«¡Y á tí te llamarán la criatura!...»

Así la usó también Eusebio Blasco en el *Joven Telémaco*:

«¿Y tanta palabra vana
Para nada? Criatura,
Esta será la futura
Filosofía alemana.»

Además, el verso compuesto de cuatro epítetos:

Suave, bella, tersa y pura,

es un puro ripio, ó cuatro en una pieza.

Y otro ripio es el *con mucho tino* del verso antepenúltimo, que no tiene otro oficio que concertar con el *conjunto divino*.

Otra muestra:

«Cuando pasas, niña hermosa,
Junto al cuartel principal,
El cabo grita: «¿Quién vive?»
Y tú respondes: «¡La Mar!»

Repito lo dicho en uno de los artículos anteriores:

¡Que en imprimir estas cosas se emplee una Tipografía Nacional!

Otra muestra:

«Pareces, por tu salero,
Ser, Angelina, española
De las que pasan diciendo
Arrecójanme la cola.»

¿Y por dónde pasan las españolas diciendo eso?...

¡Bah! Iba á darle á usted las gracias en nombre de las españolas por la justicia que las hace usted en los dos primeros versos; pero después de ese *arrecogimiento* de la cola, *arrecojo* yo también la intención, y en paz.

Otra muestra:

«Querer el número hallar
De tus cualidades bellas,

Es como querer contar
Las arenas de la mar
O del cielo las estrellas.»

Muy bonito para improvisado en una
tertulia y escrito en un abanico con lápiz
malo, de modo que se borre pronto.

Y sigue la serie:

«De una sonrisa de Dios
Naciste tú, niña hermosa,
Y con tus sonrisas nacen
Los claveles y *la rosa.*»

Mejor hubiera sido decir *las rosas* en
plural, como los claveles, puesto que el
consonante no era obligatorio ahí no estan-
do concertados tampoco los versos 1.º y 3.º;
pero de todas maneras... sonce, muy sonce.

Otra muestra:

«Un andaluz *renegado*
Te miraba esta mañana,
Y exclamaba *entusiasmado*:
¡Que muera yo *condenado*
Si esta chica no es paisana!»

Bueno; pero ¿por qué había de ser *rene-*
gado el andaluz? ¿Para concertar con *con-*
denado y con *entusiasmado*?

¿Y no sabe usted que los renegados no
se entusiasman?

Sigue:

«No importa que te disfraces,
Porque te conoceré
En los granillos de sal
Que va dejando tu pie...»
(¡Y que todo esto se imprima!
¡Vamos! ¿le parece á usted?)

Y concluye la serie:

«Su imagen y semejanza
Puso Dios en la *criatura...*»

¡Otra vez la *criatura* comprimida!
¡Qué vocación, señor, tan decidida!

«Su imagen y semejanza
Puso Dios en la *criatura*:
Si es Él parecido á tí,
¡Cuánta será su hermosura!»

¡Es claro! Después de tantas fruslerías,
había que concluir el ramillete con una
blasfemia.

Digno remate.

Lo que sigue es un romance en endeca-
sílabos titulado no más que: *En la primera*
página del álbum de la señorita Adela
Sdenz.

Empieza así:

«Las páginas de tu álbum, una á una
De dulces cantos llenarán los *puetas*...»

El autor escribe *puetas*; pero como no se puede pronunciar así sin que el verso deje de ser endecasílabo, porque la *o* y la *e* no pueden formar diptongo con acento en la *e*, yo he escrito la palabra de la manera como únicamente puede pronunciarse para que no tenga más que dos sílabas.

Aparte de este defecto y el del primer verso, que también resulta duro por una sinalefa impropia, y otros varios al símil, el romance no es del todo malo.

Peor es el que sigue en octosílabos, titulado *Cómo es ella*, donde hay prosaísmos, durezas y chocarrerías, y todo lo necesario para hacerle desagradable.

Véase la clase:

«Es alta como *un palmito*
Que se lo envidian las palmas,
Y *una facha* tan marcial
Que parece generala.»

¿Es alta y es una facha?... Porque tal es la fuerza de la conjunción, no habiendo otro verbo...

De manera que á lo pedestre de la idea y de las frases, se une la falta de sintaxis para coronar la mala obra.

Y después:

«Tienes los ojos muy *lindos*;
Unos ojazos, caramba,
Capaces de *darle* fuego
A las mismísimas llamas...»

Otra vez la sintaxis, digo, la ausencia de la sintaxis.

Porque ha de saber el Sr. Echeverría que no se puede decir *darle* fuego á las llamas, el artículo en singular y el nombre en plural; sino que hay que decir *darles*, ó *darlas*, que es mejor, pero en plural sin remedio.

Se puede muy bien suprimir aquel artículo que va unido al verbo *dar*, porque no es necesario poniendo el nombre después: se puede decir sencillamente *dar fuego á las llamas*; pero de poner el artículo, hay que ponerle concertado con el nombre en género, número y caso.

Es verdad que en ese mismo defecto en que incurre el joven Sr. Echeverría, que según el biógrafo ha estudiado poco, suele incurrir también Doña Emilia, que seguramente ha estudiado menos; la cual concluye así un cuentecillo insustancial, como casi todos los suyos:

—«¿No quiere usted concederle nada á las casualidades?»

Pero crea el Sr. Echeverría que eso, aunque lo diga Doña Emilia, no se debe decir. Y si se encuentra alguna vez esa mala concordancia en alguno de nuestros escritores clásicos, es más caritativo atribuirle á error de cajistas ó de correctores, que no del escritor. Mas aun cuando claramente constara que un buen escritor había escrito así, no se le podría seguir en eso, porque no hay autoridad tan grande que pueda legitimar un desatino.

En una seguidilla dice el vate un poco más adelante:

«De los hombres, morena,
No te *fies* nunca...»

Para que este segundo verso tenga cinco sílabas, como pide la composición, es necesario pronunciar la palabra *fies* con acento en la *e*:

«De los hombres, morena,
No te *fiés* nunca.»

Y como no se dice *fiés*, sino *fi-es*, resulta... una falta de oído muy notable.]

No tenía el vate más que haber suprimido el *te*, que tras de comida tan ligera no

hacía falta, para que resultara corregido el defecto:

«No *fies* nunca.»

En un romance titulado *El rebocito nuevo*, dice el vate describiendo á una muchacha:

«Los ojos como dos chispas,
Digo *mal*, *cual* dos luceros

(¿Mal-cual?... Mal oído).

De esos que en noches oscuras
Cruzan *veloces* el cielo.»

¿Veloces?

No van despacio; pero al que los mira desde la tierra, no le producen ciertamente la impresión de que cruzan veloces.

A no ser que el vate llame luceros á las llamadas *estrellas errantes*...

Pero éstas no presentan ninguna analogía con los ojos.

Lo más probable es que el vate puso el adjetivo *veloces* porque fué el primero que le vino en mientes.

Más adelante pone el vate en boca de una niña desdeñosa estas frases:

« No me *emporre*:
 Ya le he dicho, caballero,
 Que busque con quién jugar,
 Que yo no soy su muñeco...
 Y, por último, que deje
 De *amolarme* con sus ruegos...»

¡Vamos!...
 ¿No era mucho mejor que no se cultiva-
 ra en Costa-Rica la poesía, sino el café úni-
 camente?

IV

Mas dejemos ya á Costa-Rica, y vámonos á Guatemala, que está cerca.

Aquí se nos presenta otro vate llamado Martín Ernesto, ó viceversa, con una composición *A una ave*, que no hay más que pedir... los auxilios espirituales á la parroquia más próxima.

Porque en leyéndola es cosa de morir-se... de risa.

El vate se dirige *á una ave*, y de buenas á primeras la somete á un interrogatorio minucioso é impertinente, en esta forma:

«¿Por qué no cantas?...»

¡Toma! Pues porque no quiero ni me da la gana—podría contestar el ave si estuviera de humor de entrar en disputas.—¿Qué te importa á tí que yo cante ó no cante? Canta tú si quieres hasta que te caigas de culo.